

Jordi Sierra i Fabra



TODAS las CHICAS se llaman CLARA



DESTINO

Todas las chicas se llaman Clara

JORDI SIERRA I FABRA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

©del texto, Jordi Sierra i Fabra, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-08-14138-9
Depósito legal: B. 7.314-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
El problema

De pronto se me queda mirando y me suelta:

—¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Mi problema?

—Sí, tu problema.

—Yo no tengo ningún problema.

—Lo tienes.

—No, no lo tengo.

—Oh, sí, sí lo tienes.

—¿Así que tengo un problema?

—Fijo.

—A ver, ¿cuál es mi problema?

—Tu problema eres TÚ.

—Vaya por Dios. Así que tengo un problema, y mi problema soy YO. —También le pongo énfasis a la última palabra.

—Exactamente.

—¿Y?

—Nada.

—¿Nada?

—No, nada, ya está.

—Me dices que tengo un problema y luego que ya está.

—¿Es que no lo pillas?

—Pues... no, Clara, no lo pillo.

—¿No sabes de qué estoy hablando?

—Ni repajolera idea.

—Te estoy diciendo que se acabó, Víctor.

Pálido. Me quedo pálido.

Y frío.

Helado.

—¿Cómo que se acabó?

—Sí, ya está.

—Espera, espera... —Intento poner orden en el caos de mi mente—. ¿Ya está qué?

—¿Lo ves? ¡Si es que pareces tonto! ¿No te enteras o no quieres enterarte? ¡Se acabó! ¡Se-a-ca-bó!

—¿Me estás diciendo que lo nuestro...?

—¡Vaya, se le hizo la luz! —Clara levanta los brazos al cielo.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo.

—No, no puedo creerlo.

—¿Vas a marear la perdiz otra vez?

—¡Pero si hace un momento nos estábamos besando como locos!

—Perdona. TÚ me besabas a mí como un loco. Yo me dejaba hacer.

—Pues no lo parecía.

—Ya. Imaginación no te falta, desde luego.

Me la quedo mirando así... bueno, como si me estuviera tomando el pelo.

Y no.

No me lo toma.

Habla en serio.

¡La muy... habla en serio!

—¡Clara, coño!

—Eso, ahora ponte violento.

—¡Yo nunca me he puesto violento, y menos contigo!

—¡Me estás gritando!

—¡Yo no te grito!

—Y esto qué es, ¿eh? No me dirás que estás hablando en voz baja.

—Pero es que me estás diciendo...

—Te digo lo que te digo, y hay lo que hay. Eso es todo.

—Pero ¿así, sin más?

—No, sin más no. Esto es aquí y ahora, y hablamos aquí y ahora.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Si no has captado las vibraciones, es cosa tuya.

—¿Qué vibraciones?

—Caray, para mí estaban claras.

—O sea que cuando nos besábamos hace un momento, tú estabas quieta, rígida como una momia.

—Te dejaba hacer. Una tiene sus sentimientos. Una despedida como Dios manda y como seres civilizados.

La miro.

Habla en serio.

Seis meses son seis meses. La conozco bien. O creía conocerla bien.

Clara me está dando puerta.

A MÍ.

Porque, según ella, tengo un problema, y MI problema soy YO.

¡Manda huevos!

—Venga, no seas...

—Ni se te ocurra. —Da un paso atrás.

—No seas cría.

—Una cría jugaría. No es mi estilo.

Parece otra, tan seria, tan distante. Todavía me duelen los labios de tanto comérmela hace un momento. Ahora lo que me empieza a doler es el corazón.

Y la cabeza.

Me doy todavía más cuenta, de pronto, por si no lo sabía, de lo buena, buenísima que está.

Trago saliva.

¿Qué hago?

—Pero... ¿qué te pasa?

—Nada.

—No, a ti te pasa algo.

—Pues no.

—¿Es por algo que he dicho o hecho?

—No, hombre, no. —Se cruza de brazos.

Otra barrera.

—Entonces...

—He despertado. Aquí y ahora. De golpe.

—Nadie despierta aquí y ahora, de golpe.

—Yo sí.

—¿Y por qué?

Se encoge de hombros y sostiene mi mirada. Se está llenando de mala leche. Se lo noto.

—No me lo puedo creer. —Empieza a dominarme el pánico—. Hace cinco minutos estábamos haciendo planes para el domingo.

—No. Yo hacía planes para el domingo. Ir con Laura y Álex a la playa. Tú te los cargabas.

—Vale, si quieres ir a la playa, vamos; no pasa nada.

—Es que yo voy a ir a la playa con ellos, pero sin ti.

—Así que es eso.

—No, no es eso.

—Mira, Laura es una pедorra, y Álex, un gilipollas. Siempre me hacen sentir incómodo hablando de sus cosas, pero te lo repito: yo voy, ya está.

—Laura es mi amiga, y Álex, su novio. Tú nunca quieres ir con mis amigos.

—Lo mismo que tú no quieres salir con los míos.

—Exacto: tus amigos. OS. —Recalca las dos letras en forma de única terminación—. ¿Lo captas? Masculino plural. Javi, Nacho y tú. Tres tíos. ¡Qué maravilla! —Pone cara de loca y agita las manos como una posesa—: ¡El sueño de mi vida, un tetrabrik! Y si Álex es gilipollas, Javi es tontolculo y Nacho un creído prepotente. ¿Crees que no sé que te come el tarro para que pases de mí?

—No es verdad.

—Víctor...

—Nacho te aprecia.

—Ya, lo noto por la forma que tiene de mirarme las tetas.

—¡No seas tonta!

Huy, mal rollo.

—Mira, da igual, ya está. —Pone cara de cansancio.

—No, no está.

—Oh, sí.

—¡No puede estar!

—¿Te va a dar un ataque de cuernos?

—¡Coño, Clara, que yo te quiero!

Me mira así como de lado, con la cabeza inclinada.

—¡Que sí, que te quiero! —Soy lo más explícito posible.

—Qué fácil lo tenéis los tíos. Un «te quiero» y creéis que la cosa ya funciona, como si fuéramos unas pardillas que solo buscamos eso en la vida: un novio —suspira—. Pero ¿en qué planeta vives?

—¿Por qué has dicho lo de los cuernos? —Voy un paso por detrás de ella.

—Tal y como te estás poniendo...

—O sea que hay otro. —Alucino.

—Ya salió el machista.

—¿Machista... yo?

—Sí, tú. ¿Por qué ha de haber otro? Eso es lo que hacéis los tíos. Nosotras somos más legales.

—Has dicho «ataque de cuernos». Si hay cuernos, es que hay otro.

—Y yo te digo que es una forma de hablar. Y además... —Se enfada aún más—. Si lo hubiera, ¿qué? ¡Encima!

—Mira —intento salir del atolladero—, mejor lo dejamos por ahora y mañana lo hablamos con calma, ¿vale? No podré dormir en toda la noche, pero lo prefiero. Ahora mismo ni tú ni yo estamos lo que se dice centrados.

—Yo estoy centradísima. Y tranquila, ¿ves? —Pone cara de pasar de todo.

Que no, que no, que no puedo creerlo.

—¿Qué mosca te ha picado? —exclamo con el desaliento del que se siente perdido.

—He abierto los ojos. ¡Pum! —Lo hace en plan gráfico, abriendo los dedos de las dos manos a la altura del rostro.

—Vuelve a cerrarlos, venga. —Noto que estoy suplicando. Otra mirada de esas de perdonavidas.

—Qué inmaduros sois los tíos —me suelta.

Se me descuelga la barbilla.

¿Eso lo dice una tía de diecisiete años, once meses y nueve días, o sea, exactamente un mes mayor que yo?

¡Ay, la leche!

—Yo no soy inmaduro.

—Todavía estás en el instituto.

—¡Porque perdí un año debido a lo enfermo que estuve y todo aquel rollo, pero termino ahora ya de una vez!

—Así estás de flojeras.

¡Será posible!...

—¡Clara, ya vale!

—Mira, lo siento. —Hace un gesto de extremo cansancio. Ante mi pasmado silencio, ella inicia la retirada.

—Chao, Víctor.

Chao, Víctor.

¡Chao, Víctor!

La muy...

—Clara...

—Ha sido bonito mientras ha durado, o sea, mientras he estado ciega. Pero tranquilo. —Me pone una mano en el

brazo, así, en plan conmisericordioso—. Eres muy mono, encontrarás a otra.

¿Ahora soy «mono»?

No sé si matarla o... ¿O qué?

¿Qué se le hace a una tía cuando te da puerta?

¿Llorarla, ponerse en plan duro, fingir desdén, decir «y yo primero»?

Clara da media vuelta y se va.

Me deja clavado en el suelo.

La veo alejarse, con su culito primoroso, su melenota negra, su cintura de avispa, sus largas piernas, sus deliciosos pies, sus manos de seda, ese rostro angelical, esos labios tremendos...

Esa mala uva.

Mi corazón grita:

¡Clara!

Pero mi corazón es mudo.